

Alteridad identitaria en los protagonistas de *La ciudad y los perros* (1963): ¿héroe o antihéroe?

Identity alterity in the protagonists of *The city and the dogs* (1963): hero or antihero?

Recibido: junio 06 de 2018 | Revisado: agosto 12 de 2018 | Aceptado: setiembre 23 de 2018

JESÚS MIGUEL DELGADO DEL AGUILA¹

ABSTRACT

The protagonists of *The city and the dogs* (1963) are immersed in a cyclical game of crossing the states of fear and self-confidence when a fight occurs; that is, a manifestation of violence. For example, it was shown that the Slave was not afraid to denounce the Servant Cava, even though he knew that the Circle and the Jaguar could take revenge on him; also, an opposite case was proven, the Jaguar regretted having killed (it adopted a dysphoric position of guilt and need to change).

Key words: identity, literary analysis, violence, protagonist, character

RESUMEN

Los protagonistas de *La ciudad y los perros* (1963) están inmersos en un juego cíclico de recorrer los estados del miedo y la autoconfianza cuando ocurre una pelea; es decir, una manifestación de violencia. Por ejemplo, se demostró que el Esclavo no tuvo temor al denunciar al serrano Cava, a pesar de que sabía que el Círculo y el Jaguar podían vengarse de él; también, se probó un caso contrario, el Jaguar se arrepintió de haber asesinado (adoptó una postura disfórica de culpabilidad y necesidad de cambiar).

Palabras clave: identidad, análisis literario, violencia, protagonista, personaje

¹ Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) Lima, Perú
tarmangani2008@outlook.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.24039/cv201862276>

Los críticos literarios Julio Roldán, Daniel Castillo Durante, José Miguel Oviedo y Roland Forgues muestran algunas ideas que sirven para desarrollar esta sección; por ejemplo, argumentan que Vargas Llosa criticaría las prácticas políticas de su sociedad, por el hecho de que se percibe la violencia de manera cercana, la cual se encarga de esclavizar al hombre. Mas, no solo ocurre este modo de apreciación, también nos manifiesta la otra vertiente: la del libertinaje; según Forgues (2001, p. 202), como oposición a las creencias religiosas. Un libertino se forma por el abuso de la libertad, es por ello que es peculiar en él que recurra a burdeles, discotecas, bares, entre otros. Finalmente, Forgues (2006, p. 55) sostiene que la violencia para los protagonistas sería parte de la superación de sí mismos, puesto que, en la adolescencia, hay una preocupación por la edad madura, los temas viriles, la impotencia, la castración, la sexualidad, la homosexualidad, la camaradería, la fidelidad al grupo y la violencia en todos sus niveles. Sobre estos argumentos, fundamentaré la concepción del protagonista o el héroe de la novela en *La ciudad y los perros*, para que después se confronte con el tópico de la violencia y se observen específicamente las modificaciones internas por las que atraviesan los personajes.

Bujvald (1958, p. 53) plantea que el protagonista es el portador (o los portadores) de la acción central, quien recurre muchas veces a personajes secundarios para que lo auxilien a realizar ese acto fundamental. El héroe estaría compuesto de elementos estéticos y caracteres independientes; en consecuencia, le permite desarrollar una cosmovisión totalmente particular, como también, de sí mismo. A este modo de aprehensión, Bajtín (2003, p. 78) lo llama autoconciencia –esta puede llegar a ser dominante en la determinación de cualquier hombre–. Recién con este elemento, se nota una transferencia por parte del autor, dirigida al héroe –una imagen estable y definida de él o el objeto de la reflexión del mismo, su autoconciencia (Bajtín, 2003, p. 74): todas sus cualidades estables y objetivas, su tipicidad sociológica y caracterológica, sus hábitos, su mundo interior y hasta su misma apariencia–; por lo tanto, el héroe sería

la identificación del autor: se encontraría limitado en su representación, a través de la fonología (su forma de hablar y su cosmovisión).

Bajtín (2003, p. 13) sostiene que con los héroes se polemiza, se aprende y se intenta manifestar sus puntos de vista hasta formar un sistema acabado. Es fácil hallar los recursos por los cuales se rige un héroe utópico, quien piensa constantemente en ganar, asegurarse, competir, expresar sus sentimientos, ser aprobado por la sociedad y poseer una buena autoestima. El problema surge al mostrarse las vías para desarrollar esas inquietudes morales. Por ejemplo, la adolescencia es la edad de la autoafirmación de la personalidad, proceso que se manifiesta principalmente en actitudes. En el caso de *La ciudad y los perros*, se nota que los alumnos del Colegio Militar actúan con violencia, porque consideran que es un rasgo de hombría; muchas veces, arriesgan su salud y su vida por demostrar su virilidad. Sería esto, entonces, un rasgo antagónico, ya que el héroe no necesita emplear el mal, puesto que tiene el apoyo de la sociedad, y esta lo acompaña; mientras que, si fuera un antihéroe, se encontraría solo frente al mundo. ¿Pero no son acaso las normas rígidas y la violencia las imprescindibles para que uno se haga hombre? Ricardo Ruiz Carbonell (2002, p. 164) argumentaba que muchas veces el maltrato físico se realiza como erróneo método correctivo de la conducta. No sería la agresión la que restaura, sino la que arruinaría y la que hay que condenar –Gandhi afirmaba que para él no existía ni una sola causa que justificara la violencia, a pesar de que se logren grandes victorias–. Otto Klineberg (Domenach, *et al.*, 1981, p. 128) también fundamenta que las distintas investigaciones no apoyan la idea de que la violencia pueda solucionar cualquier conflicto, incluso si se quiere combatir a esta misma.

Algunos factores de riesgo vistos en sujetos que adoptan una posición de maltrato, observados en los principales personajes de esta novela, son los siguientes:

Primero, se retoma la concepción de que el aprendizaje y la creencia en que el castigo y la

violencia son maneras adecuadas para educar y aprender. Segundo, en el caso de los padres de familia, predomina la convicción de que los hijos les pertenecen: rol que les genera una actitud de sobreprotección y derecho absoluto en función de ellos y su destino. Tercero, se interpreta la conducta infantil como una provocación o un desafío a los adultos. Cuarto, se presencian malos tratos y falta de afecto en la niñez. Quinto, hay baja tolerancia a la frustración y expresiones inadecuadas de rabia. Sexto, se evidencia la carencia o la deficitaria red de apoyo social. Séptimo, es observable el malestar psicológico generalizado: infelicidad, sentimiento de inadecuación y baja autoestima. Octavo, Doležel (1999, p. 165) especifica que un vencedor podría poner a prueba su dominio castigando al conquistado, hasta que llegue a su aniquilación —rasgo primordial para explicar la muerte del Esclavo. Hannah Arendt (2008, p. 47) sostiene que, en la historia, la violencia puede presentarse como una interrupción que no logra siempre un cambio, aunque son los rebeldes quienes creen que es el único medio para lograr una transformación cualitativa en la sociedad. Esto ya se puede percatar en la figura del héroe, en la cual se aprecia algo de previsible y revolucionario: actúa como un mediador de una aventura política o un cuerpo social. Similar al modo de actuar desligado de un pensamiento manipulador del Estado. El mal, los sufrimientos y los delitos, al ser representados, se les estarían atribuyendo una fuerza liberadora —al añadir la violencia, se buscaría también la libertad—. No se trata de restaurar algo, ya que la violencia no se puede superar si se recurre a otro método violento. Aparecerá cuando el poder esté en peligro; muchas veces, la violencia lo desaparece o lo destruye, pero en ni un momento es capaz de crearlo.

1. Las personalidades evolutivas

I. Construcción: este último triángulo jerárquico es el más importante de todos, ya que abarca todas las categorías sobresalientes e indispensables para la clasificación de las identidades instauradas en la tríada protagónica (el Jaguar, el Poeta y el Esclavo). Lo que

se pretende en esta oportunidad es reflexionar en función del tratamiento que se le otorga a la identidad en los personajes; es decir, ¿podría hablarse de una identidad única en cada uno de ellos o es posible tratar de observar una personalidad evolutiva o trastocada? Amartya Sen (2007, p. 65) postula que la identidad por la que opta uno se puede adquirir, como también ganar, aunque esta es alterable: un individuo puede regirse bajo la personalidad que quiera, sin necesidad de que exista un orden (una identidad primera, segunda, tercera, etc.). Si se toma la ubicación y la filiación de la identidad como única, es indicio de que se trata de una fundación de la violencia; por ejemplo, la imposición de una identidad supuestamente única es a menudo un componente básico del “arte marcial”, el cual fomenta el enfrentamiento sectario. Cada individuo (Sen, 2007, p. 50) pertenece a muchos grupos distintos, en los que cada una de estas colectividades brinda cierta relevancia importante a la identidad de cada sujeto. Ciertamente, la clasificación vale muy poco, pero la identidad no. Todos no somos iguales; sin embargo, puede existir una armonía ante la pluralidad de identidades al reconocerla. La ilusión de una identidad única es mucho más disgregadora que el universo de clasificaciones plurales y diversas que caracterizan el mundo en el que en realidad vivimos. La debilidad descriptiva de la singularidad no elegida tiene el efecto de empobrecer el poder y el alcance del razonamiento social y político.

En *La ciudad y los perros* (1963) hay violencia; por lo tanto, se piensa que existe un intento constante de adquirir una identidad singular, a pesar de que sea solo una fantasía y una ilusión. La importancia de una identidad particular tan solo dependerá del contexto social; además, se hablaría de identidades opuestas y no opuestas (Sen, 2007, p. 55) (al poseer o no características en su modo de ser). Con todo esto, predomina un dinamismo en las identidades del Jaguar, el Poeta y el Esclavo —no son personajes planos: no hay cambios ni complejidades—; por lo tanto, con ayuda de la historia del texto, puede inferirse un avance, un desarrollo y una evolución en las composiciones internas de los

protagonistas. Sus identidades evolucionan: se muestran como alegorías del proceso humano de la violencia que connotan un determinado comportamiento (quizá por la búsqueda de madurez en esa adolescencia, la cual justificaría la progresión de la violencia). Ahora, teniendo en cuenta que estos cambios polares que sufren los protagonistas son a causa de la violencia, se cuestionaría lo siguiente: ¿qué es lo que determina la violencia en los personajes para que opten de un modo insatisfecho? En breves momentos, se intentará vincular algunas características, como la visión de mundo que adopta el personaje (según los términos de Landowski, el dandi, el camaleón y el oso), la edad, la experiencia vivida, la forma de recepción ante los medios sociales (aceptación o negación), la personalidad que sirve para las interrelaciones sociales (ya sea como líder o esclavo) y la manera en que la violencia invade al protagonista (como agresor o víctima). Todas estas particularidades se apreciarán en los tres rangos utópicos que constituirían los protagonistas.

El primer rango lo compone el Jaguar, asumiendo que la identidad que conforma es la cumbre de una personalidad moldeada por la violencia, con la que la transgresión del orden, la ley, los valores y las jerarquías han sido abolidos por este individuo temerario. Con la llegada del Jaguar al Colegio Militar Leoncio Prado, termina el abuso tradicional de los de quinto año hacia los “perros”, como también, se obvia la práctica de acciones desmoralizantes (robar, fumar, tomar bebidas alcohólicas, faltar el respeto a las autoridades, entre otras). Todas estas características regulan al tipo de sujeto que Landowski denominó el dandi, quien se caracteriza por desligarse de un modelo impuesto por la sociedad moderna para postular nuevas formas de representación; con ello, se generaría el caos. Dos particularidades que ayudan al Jaguar a desenvolverse de manera efectiva son las de la edad y la experiencia. Él es mayor en su sección, por lo tanto, de él se tienen las expectativas de que realice el primer o el último movimiento; de sus acciones, dependerá el criterio que aborde toda la sección. El hecho de que posea más experiencia le brinda la facilidad de que sepa

cómo dominar el área que se le presente, ya sea para pelear o cumplir un acto inmoral.

Este personaje es aceptado en ese grupo social escolar, porque cuenta con muchos factores (en su mayoría, violentos) que otorgan seguridad a los cadetes internos del Colegio Militar Leoncio Prado. Por ese motivo, este protagonista no tiene otra alternativa que adoptar el rol de líder, pues su personalidad fuerte y caracterizada de violencia hace que otros rasgos secundarios, como el de ser más estudioso o más honrado, no sean útiles para destituir a esta entidad agresiva. El Jaguar está compuesto plenamente de violencia, tanto así que traspasa los límites de liderazgo: es ya un criminal, una amenaza, la cual se ha ido conformando sincrónicamente por descuido de la sociedad y su familia.

Esto lleva a referirme a lo planteado al inicio, se trataría de una personalidad evolutiva, ya que este personaje también fue tímido alguna vez (así como el Esclavo), puesto que contaba con presencias que no simbolizaban la agresividad, así como la convivencia con su madre Domitila o el acompañamiento con Teresa; posteriormente, será como el Poeta, quien está descubriendo y poniendo en práctica nuevas conductas (fornicar, alcoholizarse, incumplir y violar normas), a la vez que sus contactos cambiarán (ya no será su madre la primordial, sino que buscará la aceptación de un personaje que simboliza una violencia mayor, la callejera: el flaco Higuera, quien se encargará de introducirlo a lo delictivo y lo violento). Finalmente, el Jaguar llega a la cúspide de su identidad: su postura de agresor, dandi, violento y dominante; teniendo en cuenta que, en una oportunidad, se asimiló la idea de que los torturadores fueron, en alguna ocasión, las víctimas o, en todo caso, ellos al agredir estarían configurando, a la larga, a un sujeto que sería el próximo violento y destructor de los órdenes establecidos: tal como lo argumentaba Bajtín (1998, p. 57): “El otro es ante todo un yo-para-mí”.

El segundo estadio evolutivo lo constituye Alberto Fernández (el Poeta). Él se compondría

de la calificación de camaleón (por adaptarse convencionalmente a las circunstancias), postura que le ayudaría a sobrevivir en determinados momentos de violencia. Además, en relación con los cadetes de su sección, atraviesa por una edad promedio entre los demás alumnos: no es ni tan mayor (como el Jaguar) ni tan menor (como el Esclavo). Sus experiencias vividas se hallan limitadas, debido a que no ha tenido un contacto directo con la violencia callejera, ni con gente que circunda con prostitutas o alcohólicos; el Poeta es algo reservado, se restringe a copiar el modelo de agresividad que observa en el colegio (en especial, al imitar al Jaguar, el más fuerte de todos en el Colegio Militar Leoncio Prado).

Es importante resaltar este punto en el personaje, ya que puede apreciarse lo que Lacan (1999, p. 272) llama como la búsqueda de ser otro o la alienación. Sin embargo, el Poeta posee esa conducta, puesto que siente temor aún de que vaya a ser tomado como objeto de burlas, así como lo es el Esclavo; si bien este protagonista no es tratado con insultos constantemente, se incluye por aceptación en ese círculo social –algún error por su parte, como tolerar ser agredido, supondría una rápida descalificación o un descenso en el rango intermedio que ha alcanzado–. El Poeta se hace el desentendido con lo que sucede y lo que hace.

Sobre este punto, Aristóteles (1990, p. 380) precisa que los jóvenes prefieren lo bello a lo conveniente, cometen las injusticias que se refieren a la desmesura. Este sería un principal motivo que generaría la supuesta anulación de los buenos comportamientos, para que sean justificados por los que clama la sociedad: los de la violencia. Por lo tanto, él seguirá empleando ese accionar agresivo para subsistir en ese medio caótico e injusto, resaltando que la conciencia en función de la situación le permitiría actuar con cierta moderación para salir intacto en cada conflicto. Finalmente, si se hace mención al inicio de personalidades evolutivas, es porque el Poeta atravesó anteriormente por un estadio similar al del Esclavo; en uno de los diálogos que realiza Alberto Fernández con uno

de sus amigos miraflores, revela su pasada timidez hacia las mujeres, como también, se obvia el haber sabido pelear (conductas que se asumen en el Esclavo). Solo se esperaría que el Poeta llegara a ser como el Jaguar –si es que la violencia se toma como un factor que permite la evolución de una personalidad–, pues motivos tiene, ya que él fue el primero de su sección que le hizo afrenta físicamente, con la finalidad de destituir y ridiculizar al Jaguar (intenciones que solo podrían justificarse con el más agresivo de ese colegio).

La tercera posición la conforma el personaje Ricardo Arana (el Esclavo). En términos de Landowski, este protagonista se distinguiría por su posición de “oso” (el cual se definió anteriormente como aquel individuo que se aparta de la configuración normal y demandante de la sociedad moderna, para enajenarse y no comprometerse con los problemas locales). El hecho de que el Esclavo sea prácticamente el menor de la sección, en confrontación con los demás cadetes, le impide cualquier modo de protesta, puesto que ante cualquier intento se arriesga a ser agredido. Una limitación importante para su persona es que este protagonista no cuenta con demasiada experiencia práctica: no se conoce si ha tenido relaciones amorosas con mujeres, se desvía la atención sobre sus posibles conductas violentas y no sabe pelear; esta restricción lo limita a desarrollarse como ser humano libre; en consecuencia, es constantemente abatido y molestado por sus demás compañeros, tanto así que sus opiniones no son tomadas en cuenta (asume un rol de exclusión y enajenación).

Aristóteles (1990, p. 314) menciona que el desprecio consiste en la desvalorización acerca de algo, motivo por el cual el Esclavo se excluiría con la conciencia preconcebida de que la razón de su distanciamiento no es más que por la baja autoestima que posee con respecto a los demás cadetes. Al vivir apartado del grupo con el que confronta obligatoriamente, la personalidad que se forma es la de un sumiso y un débil –Asimismo, Ricardo Ruiz Carbonell (2002, p. 30) añade que los dependientes son depresivos y so-

lamente podrían ejercer la violencia en el ámbito familiar-. Ricardo Arana, al no adoptar esa postura, se convertirá en una víctima frecuente del abuso y la agresión (será una violencia compensadora la que predomine en su persona, porque se ha sustituido la actividad productora de un sujeto por la impotencia y la mutilación del goce de vivir: un ser para la muerte). La privación sería el principal motor para que la víctima desafíe las leyes y los reglamentos establecidos; sin embargo, no necesariamente debe otorgarles la iniciativa, el coraje y la capacidad real de hacer algo muy violento. Por ejemplo, el Esclavo actúa de manera correcta al realizar acciones con sinceridad, como denunciar al ladrón del examen de Química (en ni un momento adopta una postura violenta, pero sí tiene la intención de que se haga justicia inmediatamente, así traicione a su sección, con la finalidad de lograr su angustiada libertad). La evolución con en torno a este personaje apenas puede detectarse (nunca impuso un respeto hacia los demás cadetes: se dejó robar, insultar y golpear; tampoco llegó a conocer el modo de conquistar a una chica ni aprendió a pelear; peor aún, no tuvo conciencia de la forma violenta que le convenía adoptar para sobrevivir en el Colegio Militar). En cambio, como ya señalé anteriormente, el Poeta y el Jaguar sí partirían de esta identidad, aunque por poco tiempo y sin ser aludida durante un largo período en el texto.

Bottioli (2004, p. 7) distingue que el caos no surge del distanciamiento, sino de un exce-

so de cercanía; pero también una persona menos violenta y menos dominadora puede convertirse en un agresor en ambos sentidos, si es expuesta con bastante intensidad a la violencia directa o estructural. Es lo que provocaría en los protagonistas una alteración de identidad –asumiendo lo que ya mencionaba Amartya Sen, con respecto al error de clasificar a los sujetos como poseedores de identidades particulares, únicas e invariables.

Según Eisler (1999, p. 164), los seres humanos cuentan con un potencial de maldad, como también, de ética; su naturaleza es tanto creativa como destructiva; al ser tan opuestas y variables estas clasificaciones, la vida se ve afectada por los persistentes procesos de identidad, por los que los humanos tienden a hacer constantes resistencias para no ser catalogados como sujetos que suponen desconocer o rechazan. Para el caso de la novela, el Jaguar se arrepiente al final de ser un asesino: quiere cambiar su vida por otra más responsable y llena de valores; el Poeta desea ser como el Jaguar en una instancia determinada de su vida, lo imita; el Esclavo, anhela conquistar a Teresa, pretende conseguir su libertad al rechazar toda formación militar. Estos cambios surgen por la ingratitud de ser quienes son, ya que lo que pretenden conseguir se desliga de la personalidad que articulan imperfectamente en cada etapa señalada. Esta alteración se explicará luego del gráfico del triángulo jerárquico de las personalidades evolutivas. (Figura 1)



Figura 1. Personalidades evolutivas

II. Alteración: son tres identidades que adoptan los protagonistas para desarrollarse como mejor les conviene (¿el Jaguar, el Poeta y el Esclavo serían camaleones? O ¿se trataría de una sola identidad que se conforma con las tres posturas de violencia graficadas en el triángulo?). Con la alteración observada desde la posición superior o inferior, la adopción por una identidad se introduce en una mecánica dialéctica y cíclica –en términos lacanianos, se plantearía una dialéctica con las categorías de frustración-agresión-regresión (Lacan, 2006, p. 63)–, en las que la calificación y la descalificación serían importantes para sugerir la nueva personalidad que el protagonista incluirá para sí, con la diferencia de que su apropiación y su desenvolvimiento serán cada vez más reforzados: su intensidad aumentará. La voluntad para adquirir lo que uno quiere es violencia, debido a que se niega una postura actual por insatisfacción, con la finalidad de trasladarla a otra utópica. Ante todo, ello, ¿por qué el constante cambio de identidad? La violencia sería la culpable, el elemento que se vincula más con la destrucción; se encargaría de obstaculizar la autorrealización humana. Podría considerarse también lo que indica Marshall Berman (1999, p. 88), al indicar que los procesos, los poderes, las expresiones de la vida y la energía humanas (hombres que trabajan, se mueven, se cultivan, se comunican, se organizan y se reorganizan) serían los nuevos y los modos infinitamente renovados de actividad que la burguesía ha hecho nacer.

2. La búsqueda de hombría

I. Construcción: no basta ser hombre dentro de una sociedad por el hecho de poseer el órgano sexual masculino, debido a que existe una serie de criterios que deben ser cumplidos para que alguien se clasifique como tal, en mayor o menor intensidad. Aristóteles (1990, p. 390) sostenía que eran más varoniles los más poderosos, puesto que son ellos los que ansían más honores que los ricos —la posición socioeconómica no limitaría la adquisición de esta distinción—. De la misma manera, Sartre (Arendt, 2008, p. 50), quien argumentaba que

un hombre se siente más como tal cuando se impone a sí mismo y convierte a otros en instrumentos de su voluntad, lo que le proporciona, a la vez, incomparable placer. Es por ello que, en el Colegio Militar Leoncio Prado, se sigue una lógica de convivencia para alcanzar posiciones respetables y seguras. En un diálogo que tiene el Jaguar, él comenta lo siguiente: “En el colegio todos friegan a todos, el que se deja se arruina. No es mi culpa. Si a mí no me joden es porque soy más hombre. No es mi culpa” (Vargas Llosa, 2012, p. 398). El Jaguar y quienes practican la violencia se sienten más hombres al actuar con esa orientación mal fundada. Requieren de la necesidad de abusar de los otros cadetes por medio de bautizos, agresiones sin motivos o riñas. Estas acciones las realizan mediante puñetes, patadas y órdenes informales –como nadar de espaldas en una cancha de fútbol, ser masacrados, hacer una serie interminable de ejercicios, pelear contra otros cadetes simulando ser perros, tender las camas de los de cuarto, sacar lustre a los botines de toda la sección o masturbarse delante de ellos–. Asimismo, predominan otros actos, como el de tirar contra, fumar, alcoholizarse y robar. Estos últimos se distinguen por faltar al cumplimiento del orden y la ley, a la vez que se asemejan a todos los otros patrones de violencia irreprimible por los cadetes. Este modo de percibir la realidad, que configuraría al individuo como más hombre, constituiría la primera etapa que se introduce en esta jerarquía, en la que la violencia es signo de virilidad.

La segunda instancia se construiría por una violencia empleada en ocasiones, debido a que su uso se justificaría por motivos gravísimos (atentar contra la vida, la sobrevivencia y la autoestima); esta es provocada por el medio social o las circunstancias –en esta clasificación, se encontraría el Poeta, ya que él necesariamente debe combatir con otros chicos para no ser tomado como referente de todas las burlas.

Finalmente, se halla el último rango, en el que la violencia desaparece y conforma la calificación de menos hombre, especialmente

para quienes no participan de un medio violento: lo rechazan o se dejan someter por él, puesto que la víctima siente mucho temor –un notorio ejemplo de este momento es el relacionado con el Esclavo. Se argumentaba que

estos rangos presentados se erigían por posiciones y niveles de intensidad, pero también poseían una alteración– esta se explicará luego de la mención estructurada del triángulo jerárquico. (Figura 2)

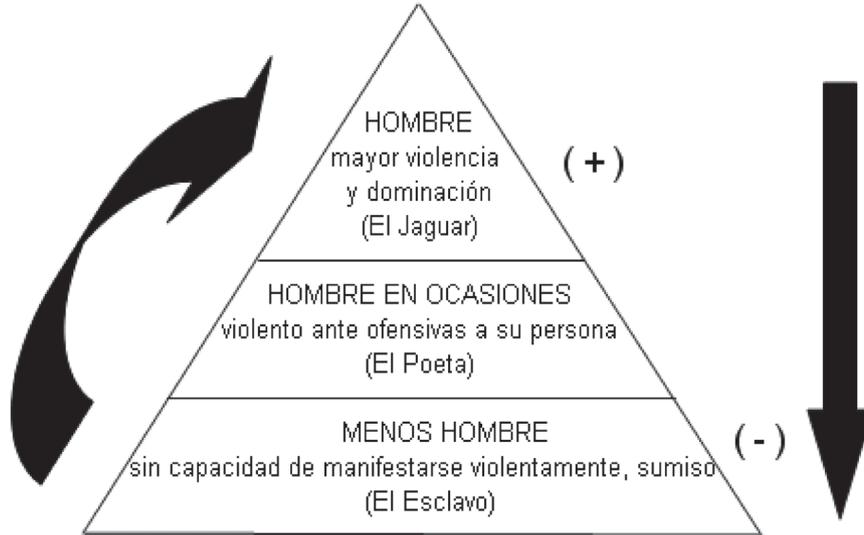


Figura 2. Búsqueda de hombría

II. Alteración: se planteó en otros tratamientos de triángulos jerárquicos que la modificación de conductas y aptitudes circulaba por una mecánica de ida y vuelta de aprehensiones y liberaciones, la cual era visible de forma constante. Asimismo, este procedimiento permitía clasificar esta desestructuración como propicia del propio crecimiento humano en función de su propia y normal evolución personal. El Esclavo, en la novela, busca ser hombre al anhelar su libertad y acusar al serrano Cava; el Poeta lo conseguirá al pelear contra el Jaguar; y el Jaguar lo logrará imponiéndose ante todo el colegio con su violencia característica y privilegiada. Pero, ¿no es una alteración observar al Jaguar enamorado de Teresa, callado cuando lo llaman soplón y afectado al ser expulsado el serrano Cava? Son momentos por los que atraviesa el protagonista, en los que explícitamente se aprecia el descenso espontáneo de su violencia. Por otro lado, ¿sería realmente la violencia la que determinaría quién es más y menos hombre? El Poeta no necesita agredir física y psicológicamente a sus amigos que no pertenecen al Colegio Militar Leoncio Prado para ser más

hombre; todos los son al mismo nivel y no hay pretexto que justifique la violencia entre esos muchachos miraflores. En cambio, al Esclavo le faltó demostrar con más acciones agresivas que él se hacía valer como hombre.

3. Los regímenes de sentido

I. Construcción: en este triángulo, se observa cómo los sujetos emplean la manipulación, la programación, el ajuste y el accidente según sus cualidades internas. En la etapa superior, el régimen de la manipulación está a cargo del Jaguar; él es quien podrá dominar a la mayoría de los cadetes, debido a que posee un índice mayor de violencia. En un segundo momento, que les pertenece a la programación y el ajuste, se halla el Poeta, quien ha recurrido a artimañas convencionales para introducirse camaleónicamente a un universo violento. Finalmente, en la última posición, se encuentra el régimen de sentido del accidente, en el que se posicionaría el Esclavo, por su falta de acción y su tolerancia implícita de acciones violentas ajenas a él –para Eric Landowski (2009, p. 71), el accidente se ocasiona

ría cuando un proceso de programación, manipulación o ajuste saliera mal; en todo caso, Ricardo Arana sería un fracaso azaroso que permite resultados buenos o malos por parte de sus agresores—. Con todo ello, ¿podría

plantearse que el accidente, al desconocerse, tendría resultados distintos y estos, a su vez, desestructurarían los otros regímenes de sentido? Sobre este punto, se tratará luego de la inserción del gráfico. (Figura 3)

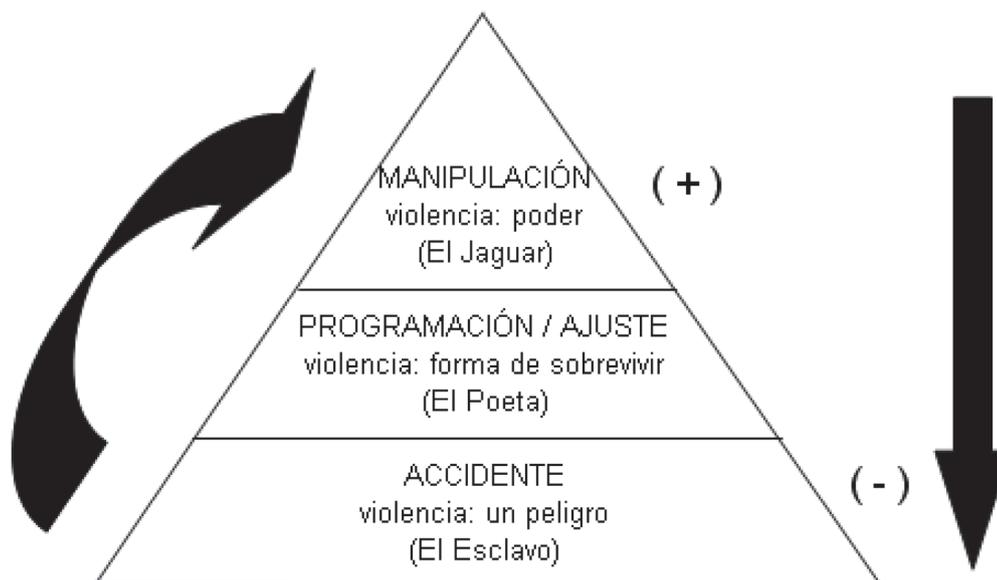


Figura 3. Regímenes de sentido

II. Alteración: al igual que en los demás triángulos jerárquicos, la violencia es un factor determinante para provocar en las personas una transformación a corto o largo plazo. La alteración, en relación con los regímenes de sentido, se aprecia con el dinamismo constante de los personajes: la tríada protagónica no permanece constante cuando se halla en un accidente (sufrimiento por la pérdida o el distanciamiento de una amistad, como también el aislamiento); rápidamente, mediante la violencia, logrará recuperarse y sobreponerse de su situación anterior (vengarse, acusar o alcanzar la libertad).

4. La victimización (dominación-sumisión)

I. Construcción: la estructura que surge de este triángulo jerárquico se establece a partir de las relaciones disímiles de poder y control interpersonales entre victimario y víctima –por estos términos, se entienden las relaciones implícitas y explícitas que se crean también entre amo-esclavo y dominante-dominado—. La manera como estas se hacen pa-

tentes muestra dialécticamente la práctica o el proceso natural de socialización, por el que se instaura la utopía de querer apoderarse del deseo, inalcanzable y variable, del Otro.

En el primer rango, se halla el victimario, quien es el que comete violaciones contra el orden y las leyes establecidos. Además, él cuenta con la cualidad de manipular y dominar a personas que tienen una personalidad más sumisa y débil, a quienes ejerce el poder constantemente, para evidenciar señales de que el mando está por encima de todo –Hannah Arendt (2008, p. 60) argumenta que el poder, la potencia, la fuerza, la autoridad y la violencia no serían más que palabras para indicar los medios por los que un hombre domina a otro; se emplean como sinónimos, puesto que poseerían la misma función—. Con la producción simbólica, según Bourdieu (2000, p. 69), se demarcarán los límites de la jerarquización (mientras más dolor sienta el dominado o la víctima, mejor será para la configuración del dominante o el agresor; recuérdese que el Jaguar recurre a configurar

su personalidad por medio del empleo de una violencia renovadora: derrotar a los cadetes del quinto año, acción temerosa e impensable para ellos). Asimismo, el hecho de legitimar la violencia como un medio de dominación serviría para regir las interrelaciones sociales: es lo que Max Weber (Arendt, 2008, p. 49) recalca sobre este mecanismo. Por lo tanto, no se trata del sujeto en sí, sino de la categoría que está impuesta en la jerarquía: el orden sería aquel imperativo categórico que rige la sociedad; como también, la ciencia con respecto a los estudios humanos.

El segundo rango se caracteriza por evidenciar a un tipo de sujeto que se vincula con las funciones de victimario y víctima, con la diferencia de que él posee una conciencia que lo obliga a actuar del modo convencional que más le parezca. Se trata de una postura camaleónica, con la que la práctica de la maldad se justifica por exigencias que le impone la sociedad, más el individuo, a pesar de esta dificultad, no deja de emprender una práctica éticamente correcta. Sabe en qué se basa una buena moral, pero también no prescinde de las acciones negativas que le permitirán tener un lugar en un grupo violento. En este rango, se halla el Poeta, evidentemente; el Jaguar no podría estar allí, porque él alteraría lo propuesto por Riane Eisler (1999, p. 40), quien sostiene que es distinto reconocer y hasta practicar el lado destructivo de la naturaleza mediante actos injustos y agresivos; mientras que, por otro lado, es diferente organizar una sociedad que institucionalice la violencia y el abuso, a la vez que los vincule con procesos de socialización específicos de género, con la finalidad de mantener jerarquías rígidas de dominio –el Jaguar, no satisfecho de la derrota provocada hacia los alumnos del quinto año, forma el Círculo, con

la intención de difundir el terror y las prácticas violentas en el Colegio Militar–. Algo más que caracteriza a quien esté insertado en este rango es que su conducta estará afianzada por él mismo, hasta el punto de llegar a la terquedad. Y cuando predomina este factor, ya hay presencia de un mal gravísimo, tal como lo señala Jaime Balmes (1946, p. 242), quien piensa que la terquedad conduce al sujeto a desechar los consejos ajenos, los cuales aferra en su propio dictamen y su propia resolución, contra las consideraciones de prudencia y justicia. El Poeta mantiene una identidad estable, de todas maneras: no es tomado como objeto de burlas ni tampoco infunde el terror en los demás cadetes.

Finalmente, en el último estadio, se encuentra la víctima. Asimismo, esta es caracterizada por su rol de dominado, esclavo y hasta de masoquista. La conducta adquirida en este sujeto se justifica por una razón que señala Gandhi (2012), quien se pone en la supuesta conciencia de la víctima al decir lo siguiente: “Si yo no puedo tener nada que ver con la violencia organizada del Gobierno, aún mucho menos tendré que ver con la desorganizada violencia del pueblo. Preferiría que entre ambos me aplastaran” (p. 9). En términos lacanianos, el amo se aprovecharía de la frustración del esclavo para aumentar su saber cómo dominante. Ricardo Arana, en la novela, es un símbolo de que aún predomina la violencia, hasta por diversión de los cadetes, y no por necesidad.

Estos tres estadios por los que la victimización se articula dependen también de la alteración que surge desde el grado inferior, tal como se demostrará y se explicará luego. (Figura 4)

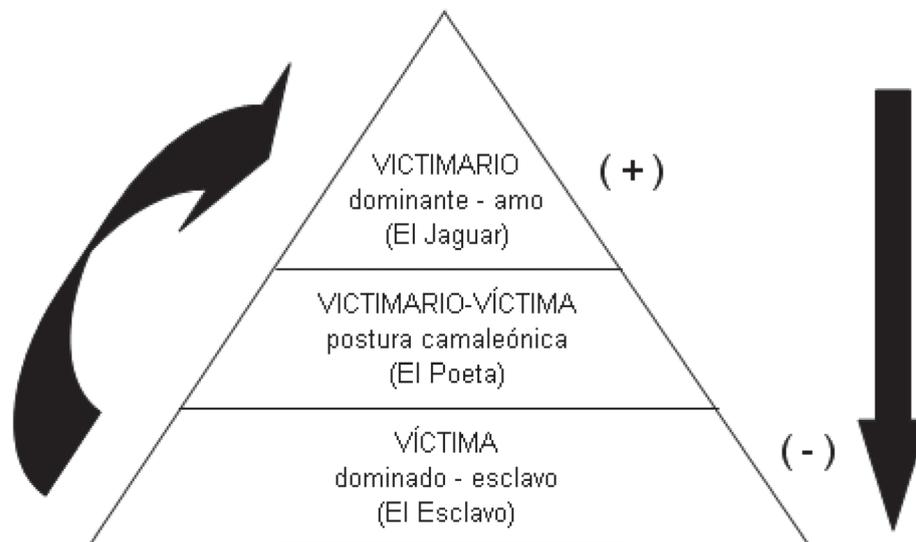


Figura 4. Victimización

II. Alteración: en el triángulo jerárquico de victimización, se aprecia el recorrido inverso de pasar de víctima a victimario. Norbert Elías (1987, p. 384) plantea que una victoria implica, antes o después, la contraposición y el enfrentamiento con un rival más importante. Luego de ese acontecimiento, se alcanza una posición de engrandecimiento entre los rivales próximos y la reducción de estos a una situación de dependencia mayor (destrucción) o menor (sometimiento o respeto) —la ganancia de uno es aquí la pérdida del otro—. Esta mecánica de enaltecimiento y hundimiento (ascenso-descenso o acierto-desacierto) se repetirá constantemente, hasta visualizar una evolución (lenta o rápida), dirigida a instaurar un nuevo orden social. El hecho de que el Esclavo y el Poeta revelen la verdad a las autoridades implica ya un intento de modificar el orden establecido por la violencia de los cadetes.

Conclusiones

Con esta investigación, se comprueba que los personajes de *La ciudad y los perros* atraviesan por procesos ilusorios, por los cuales ellos piensan que están creciendo o desarrollándose como individuos de bien; sin embargo, aquello es un falseamiento, debido a que se presentan obstáculos: el recorrido parece ser ascendente; no obstante, se convierte en

un eterno retorno. La víctima se transformará en victimario, pero no asegura que vuelva a ser el agredido: lo mismo ocurrirá con quien lucha por obtener su virilidad como representación ante un medio caótico. Estos recorridos cíclicos o interminables muestran que las jerarquías y las estructuras que se plantean estos alumnos del Colegio Militar Leoncio Prado se desestabilizan fácilmente por la naturaleza de la violencia, que de por sí no tiene una organización y un modelo preexistente.

Referencias

- Arendt, H. (2008). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Aristóteles (1990). *Retórica*. Madrid: Gredos.
- Bajtín, M. (1998). *Estética de la creación verbal*. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Bajtín, M. (2003). *Problemas de la poética de Dostoievski*. 2.^a ed. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Balmes, J. (1946). *El criterio*. 4.^a ed. Buenos Aires: Espasa.

- Berman, M. (1999). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. 11.ª ed. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Bottiroli, G. (2004). Mímesis y murales. Apuntes sobre el estilo desde Ciudad de México, en: *Varios. Encomio a Helena*. México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bourdieu, P. (2000). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bujvald, N. (1958). *Teatro*. Buenos Aires: Ediciones ICUF.
- Doležel, L. (1999). *Heterocósmica. Ficción y mundos posibles*. Madrid: Amartya Arco/ Libros.
- Domenach, J.; Joxe, A., Galtung, J., et al. (1981). *La violencia y sus causas*. París: Editorial de la Unesco.
- Eisler, R. (1999). *Placer sagrado. Sexo, mitos y política del cuerpo*. 2.ª ed. Vol. 1. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Elías, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Forgues, R. (2001). *Mario Vargas Llosa: Escritor, ensayista, ciudadano y político*. 1.ª ed. Lima: Librería Editorial Minerva.
- Forgues, R. (2006). *Mario Vargas Llosa, ética y creación: ensayos críticos*. París: Mare & Martin.
- Gandhi, M. (2012). El arte de la no violencia, en: *Omegalfa*. Recuperado de <https://goo.gl/fyywVy>
- Lacan, J. (1999). *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 10. La angustia*. 1.ª ed. Comp. J. Miller. Buenos Aires: Paidós.
- Landowski, E. (2009). *Interacciones arriesgadas*. 1.ª ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- Ruiz Carbonell, R. (2002). *La violencia familiar y los derechos humanos*. México D. F.: Comisión Nacional de los Derechos Humanos.
- Sen, A. (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Vargas Llosa, M. (2012). *La ciudad y los perros. Edición conmemorativa del cincuentenario*. Italia: Alfaguara, Real Academia Española.